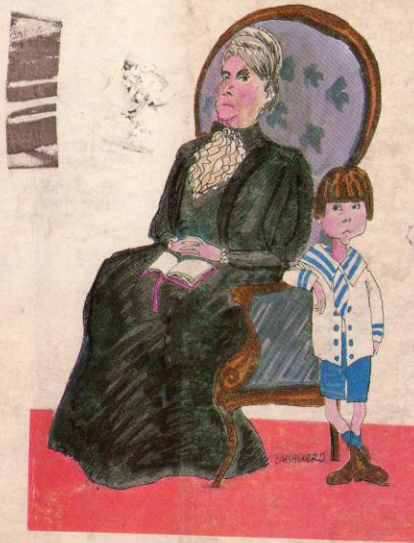


MEMORIAS INFANTILES



EDUARDO CABALLERO CALDERON

Segunda edición: julio de 1987

Cubierta: Antonio Caballero

Derechos reservados

© Lucía de Esguerra - Editora

© Eduardo Caballero Calderón

**Impreso por Neira Impresores
Bogotá — Colombia**

Made and printed in Colombia

De vuelta a la casa y en el expreso del colegio leíamos en voz alta, en coro ensordecedor, los anuncios que adornaban el interior del vehículo, o los que corrían a lo largo de las tapias que limitaban a lado y lado el camino de Chapinero:

“Bavaria, la mejor cerveza”, no era una afirmación mentirosa sino la pura verdad, pues en todo el país, al menos en Bogotá, no se conocía otra distinta.

“Fenicia, sus vasos, sus jarras, sus botellas de dos colores, blancas y verdes”, era el honrado inventario de lo que producía esa fábrica, subsidiaria de la anterior.

“Fume usted sin componer, compuestos, blancos o negros cigarrillos Coronados”, decía un anuncio en letras esparcidas y gigantescas que se deslizaban rápidamente por las tapias del camino, desde la plazuela de Bavaria hasta el colegio del Sagrado Corazón.

El anuncio de los baldosines Samper iba ilustrado con un dibujo que mostraba de un lado una sirvienta descalza, desmelenada, principosa, como cualquier lavapisos de aquella época, barriendo un piso de ladrillos desportillados —como el de cualquier patio— con una gruesa escoba de esparto. Al otro lado el dibujo mostraba una elegante doncella de las que se veían en el cine o en las zarzuelas del Teatro Municipal. Esta acariciaba con un cepillo de crin un reluciente piso de baldosines Samper.

El ideal de la elegancia masculina era el anuncio ilustrado de los primeros cigarrillos que se fabricaron en Colombia con el nombre poco modesto de “Excelsos”. Un joven rubio, de pelo ensortijado y con rulos en las sienes, ojo lánguido y negro, cuello alto y duro de los llamados “puñeteros” y corbata con alfiler de diamante, le ofrecía un cigarrillo a una señorita morena, velluda, pechugona, con corales en las orejas y lunares en las mejillas. El joven le decía, por medio de un letrero que le salía del chaleco: “Fume de estos, sumercé”.

“Paulina v. de Gracia, ponqués, milojas, marzos, cartuchos, lonches, bautizos, bailes, banquetes, matrimonios”, era un anuncio en letra de imprenta, que en vano trataba de llamar la atención al lado de una copa en tres colores, rebosante de espuma de chocolate, parada milagrosamente en una banda ondulada que decía: “Lockard’s Tea Room, helados americanos fabricados con maquinaria extranjera”.

Más nacionalista era el letrero que sostenía en una mano, en

un llamativo cartel, un maniquí tieso, con los brazos paralizados en actitud de recitar y los ojos de vidrio que miraban con una fijeza y una estupidez fuera de lo común. Decía lo siguiente: “El vestido hace al caballero y V. Ramón Hernández hace el vestido — Se alquila ropa de ceremonia para novios y congresistas”.

Finalmente, debajo de la estampa de un señor gordo, rubicundo, despeinado, con ojos saltones y las narices lagrimeantes, la Droguería Montaña — Tercera Calle Real, bajos de El Espectador — advertía: “Para la tos, Chichi-Palato!”.

Toda aquella ingenua literatura de propaganda quedó literalmente barrida y borrada cuando en una esquina de la Plaza de Bolívar apareció una noche, atravesando la calle, un letrero luminoso formado con bombillas, que así decía: “Jabón Pombo”.

Bajo la vigilancia de un profesor se nos permitió a los alumnos de las clases bajas del colegio esperar una tarde en la Plaza, atestada de curiosos, a que a las seis los Samper “echaran la luz” para admirar aquel prodigio luminoso.

Mi memoria era un fotógrafo de pueblo, con su máquina de perilla de caucho, envueltos ella y él en una tela de rasete negro para tamizar la luz. El pobre hombre retrata las cosas y las personas menos interesantes del mundo. Si en vez de desperdiciar memoria en ese estúpido ejercicio la hubiera utilizado en repasar las matemáticas cuando viajaba en el tranvía, aquel año no hubiera tenido que estudiar en las vacaciones para habilitar el curso en febrero. Mi tío Julio, que tenía, él sí, una memoria prodigiosa pero absurdamente derrochada, exclamaba de pronto:

—El año 98 me encontraba en la esquina de Gómez y Gómez en la plaza de Bucaramanga, un domingo 7 de abril por más señas, entre las once y las once y cuarto de la mañana pues la basílica ya había dado las once, pero no la media, cuando. . .

Y papá comentaba: “Si con esa memoria que tiene, Julio hubiera estudiado griego, hoy sería un helenista”.

Cuando a las cinco de la tarde me depositaba el tranvía en la esquina de la calle 13 con la Calle Real, me sentía en tierra firme y conocida. La calle era un paisaje familiar que no necesitaba mirar para reconocer, pues toda la vida había estado ahí y hacía parte integrante de mí mismo. A mano izquierda, subiendo hacia los cerros, se abría el alto portón del Jockey Club, y a mano derecha, al otro lado de la calle, “El Diario Nacional” arrojaba por la ventana un acompasado ruido de máquinas y un denso olor a plomo derretido. Del Jockey hacia arriba venía una tienda de rancho y licores, que exhalaba un picante aroma a carnes y embu-

tidos, y frente por frente se encontraba un baratillo que se llama "El Diábolo". De la primera era dueño Venturoli, un italiano que había llegado con el circo Keller a comienzos del siglo y había resuelto anclar definitivamente en Bogotá. Era bajo de cuerpo, rechoncho y tenía una tripa imponente. Frontera a su tienda, arriba del "Diario Nacional", tenía su despacho un abogado cuyo hijo, poco mayor que yo le ayudaba a copiar cartas y documentos. Como yo no veía a las personas sino al través de los personajes literarios, en recuerdo de "Corazón" de Amicis lo llamaba el pequeño escribiente florentino.

De lado y lado de la calle seguían dos o tres caserones borrosos y anodinos por la razón de que ignoraba quiénes los habitaban. Sin ese conocimiento las casas eran herméticas para mí, como el rostro de un ciego o de un sordomudo. A mano derecha venía una casa de balcones corridos, con zaguán ancho y enlajado por el cual se podía entrar lo mismo en coche que a caballo. Aquella casa tenía un sentido, un contenido y una fisonomía particular, pues en ella vivía la madre de mi profesor don Tomás Rueda Vargas, cuyo hijo Antonio era mi compañero de clase. Como la mía, aquella era una casa en torno de una abuela.

Frente por frente, y del lado izquierdo cuando se miraba al oriente, se encontraba la peluquería de los hermanos Cortés, con baños de agua caliente para los vecinos del barrio. Cacó me llevaba los primeros días del mes a que me cortaran el pelo. Don Antonio me sentaba en una silla pequeña, colgada del espaldar del gran sillón basculante. Me gustaba sentir en la cabeza sus dedos ágiles y expertos, y el frío cosquilleo de la máquina en la nuca; y ver la sábana en que me envolvía salpicada de gruesos mechones recién cortados y admirar en el espejo el diestro golpe de peinilla que me formaba un copete en la frente. Era agradable el olor fresco del agua de Colonia y del jabón de Reuter, y el ruido de las tijeras que castañeteaban en torno de mi cabeza, y el movimiento ascensional cuando don Antonio apoyaba el pie en el pedal del sillón. Don Antonio era flaco, con dos manchas rojas en las mejillas y una nariz redonda como maese Goro o maese Cereza el de "Pinocho".

Su hermano era muy gordo y sus gruesos dedos tenían, a pesar de su torpeza aparente, una impresionante habilidad para la peluquería. Deslizaba la navaja, con la cola parada, sin titubeos, ondulando sabiamente sobre los mentones más difíciles. Era especialista en barbas rebeldes como la del señor Arzobispo, quien tenía una piel muy sensible, y la de don Tomás Rueda Vargas, cruzada de corrientes a contrapelo y ásperos remolinos.

La calle continuaba ascendiendo, sin niños ni nada particular.

En los bajos se abrían las puertas de oficinas de arrendamiento, o despachos de abogados, o tiendas de cintas y carretas de hilo, y el restaurante "Moisés" cuyos platos criollos tenían mucha fama en la ciudad. Ya cerca de mi casa abría sus puertas "El Curubital Reformado", cuyas especialidades más famosas eran los avisperos que chorreaban miel. . . "Dura lo que un avispero a la puerta de una escuela", decían las personas mayores, diaboline listados de colores, como la insignia tubular de la peluquería de los Cortés, y caramelos de licor en forma de llave, de botella o de ángel de la guarda con las alas extendidas.

En la esquina de la manzana de mi casa, contigua a la del escritor Gómez Restrepo, quedaba la de don José María Samper, cuyos patios y corredores ya no estaban cubiertos de ladrillos sino de baldosines. Don Chepe, uno de los fundadores y mecenas del colegio, era un viejo calvo, curioso, infantil, a quien instintivamente queríamos los niños. Tenía un taller de mecánica en el cual reparaba toda clase de máquinas. El había importado al país la institución de los boy-scouts: una actividad para niños recién fundada en Inglaterra por un matrimonio de viejos.

Luego venía mi casa y la de la señora alemana a cuya frente se anudaba una trenza del color de los ojos y las melcochas; y la calle 13 se empinaba hasta perderse en la falda del cerro.

Cuando estaba enfermo y no podía ir al colegio me asomaba a la ventana.

—¿Cómo sigue mi señora Ifigenia?, le preguntaba a Aquilino, el zapatero, que adelgazaba a martillazos una suela, sentado a la puerta de su tienda.

—Cada vez peor. Cualquiera de estos días no amanece, si mi Dios no dispone otra cosa.

A la puerta de la otra tienda, también en los bajos de mi casa, Calixto el carpintero había sacado a la mitad de la calle un hornillo y el tarro de la cola, cuyo olor era desagradable y pegajoso.

—¿Para cuándo esperan el niño?

—Para muy pronto. Ya lo sabrá cuando lo oiga chillar.

En la tienda de Aquilino —pesado y linfático, de ojos achinados y una sombra de bigote que le escurría a los lados de la boca— la señora Ifigenia nunca acababa de morir. En cambio en la tienda de Calixto —cuadrado, moreno, de cabellos ensortijados y retintos como virutas de nogal— los niños nunca acababan de nacer.

Las aguateras bajaban por la calle, con su múcura a la cabeza. Los burros cargados de carbón de palo se detenían instintivamente ante todas las puertas de la calle. Una parihuela subía lentamente bamboleándose sobre las nervudas pantorrillas de los parihueleros.

Pasaban las sirvientas del barrio, de alpargatas y pañolón, con la cesta del mercado colgada del brazo.

—Buenos días, niño. ¿La señorita Aleja no ha salido todavía? Corra sumercé y le dice que si no se apura en “la fama” no va a encontrar sino puro hueso.

La vieja vergonzante de los jueves —cuando era jueves— entraba a tomar chocolate y conversar en la cocina con las sirvientas. Yo la saludaba desde mi ventana y le gritaba a la muchacha que barría la alcoba detrás de mí:

— ¡Ahí está la señora del jueves! ¡Corra a abrirle la puerta!

Y una pareja de Hermanitas de los Pobres, si era sábado —hábitos flotantes, ojos bajos, pasos menuditos, ruido de camándulas que se entrechocan— golpeaban a todas las puertas pidiendo limosna.

Pero este espectáculo de la calle en días laborales, comunes y corrientes, no se me ofrecía con frecuencia pues solo de tarde en tarde me enfermaba o estaba de purgante y me quedaba en casa, mirando al través de la ventana pasar la vida, que no pasaba.